

# PALABRAS SERRANAS PARA LA PAZ

Antonio Fernández Tristáncho  
Asociación Cultural Lieva

Galaroza y La Sierra entera son sitios de Paz. El vergel de nuestras tierras, el rumor del agua que todavía corre por nuestras lievas y nuestras calles, el sonido del herrerrillo en una fina y delgada rama, nos sugieren paz, quietud, ternura, respeto.

Cachoneros, onubenses, andaluces todos, podemos sentirnos orgullosos de tener la Paz en nuestro ADN. Nos viene de lejos y nos lo recuerda cada día el emotivo himno que nos legó el Padre de la Patria Andaluza. “La bandera blanca y verde, vuelve tras siglos de guerra, a decir Paz y Esperanza, bajo el sol de nuestra Tierra”. Blas Infante no lo podría haber expresado mejor. El verde de nuestros campos y la cal de nuestras casas son aliados imprescindibles de una actitud, la de los andaluces, que nos ha caracterizado a lo largo de la Historia como Pueblo sabio, solidario y humanista.

Fue un correligionario de Infante, José Andrés Vázquez, quien, tras la I Guerra Mundial, ofrecía un ejemplo de esta afirmación. El escritor de Aracena pronunció una conferencia el 27 de noviembre de 1918 en el Centro Regionalista Andaluz de Sevilla, titulada “La reivindicación de Andalucía en el Congreso de la Paz”, que, ampliada por el propio Blas Infante, se convirtió en la base de las peticiones que nuestra tierra trasladó a aquel magno acontecimiento organizado en Ginebra por la Sociedad de Naciones, antecesora de la ONU.



El trabajo del serrano José Andrés Vázquez, en la prensa de la época

El aracénés pronunció en aquella intervención frases como las siguientes: “En los ensangrentados campos de batalla han depuesto los ejércitos sus armas en una tregua precursora del advenimiento de la deseada paz. Durante numerosos días de dolor y angustia –días luctuosos que entre todos formaron una negra noche de espantosa pesadilla humana-, el cañón tronó sin cesar, removiendo la tierra, cuyos surcos recibieron ávidos la sangre de incontables mártires, para que germinase la semilla del dolor sembrado por las rivalidades de los pueblos, en el afán respectivo de imponer sus antagónicos principios de derecho. Se creyó que triunfaría la fuerza sobre la razón, y se ha visto después –tarde, por supuesto-, que por primera vez en el dilatado curso de la historia de los pueblos, ha triunfado la moral sobre la fuerza, para que el humano progreso se encamine por la verdadera senda de una vida mejor, proclamando la libre adopción de sus derroteros sin las trabas que imponían las dictaduras autocráticas, atentas a conservar su poder para que el mundo fuese suyo y sus esclavos los humildes”.

Su alocución definió palmariamente la sangría de jóvenes y ciudadanos europeos en lo que no fue, por desgracia, más que un ensayo de lo que vendría después.

¡Qué paradojas tiene la vida! Uno de los momentos más difíciles en la vida de los chavales de nuestros pueblos, su incorporación oficial a las armas, se veía equilibrado por el disfrute de unos días de desfogue, juega y desenfreno. La Quinta, tradición desaparecida por la supresión del Servicio Militar Obligatorio, permitía a los jóvenes serranos demostrar su despertar a la edad madura.



Fotografía antigua de una Quinta de jóvenes cachoneros.

El cachonero Pedro A. Cantero ya dejó escrito en su obra ‘La Quinta de Galaroza’ (Demófilo, Revista de Cultura Tradicional de Andalucía, 1996), que la Quinta suponía “el ritual de iniciación que marcaba el punto de inflexión de la mocedad, daba nuevo estatuto al joven y le preparaba a ser el hombre que la comunidad esperaba”. Se trataba de un “ritual guerrero” que, no obstante, escondía rendijas que daban paso a la nostalgia, al pesar por la partida y al propio amor a la madre o a la novia. Todo ello reflejado en sus canciones, las canciones de

quintos, que aportan una dimensión popular de rechazo a la guerra. El marocho Tomás López López, en ‘Cancionero y tradiciones de Encinasola’, recoge letras de estas canciones que ilustran esta mezcolanza de sensaciones:

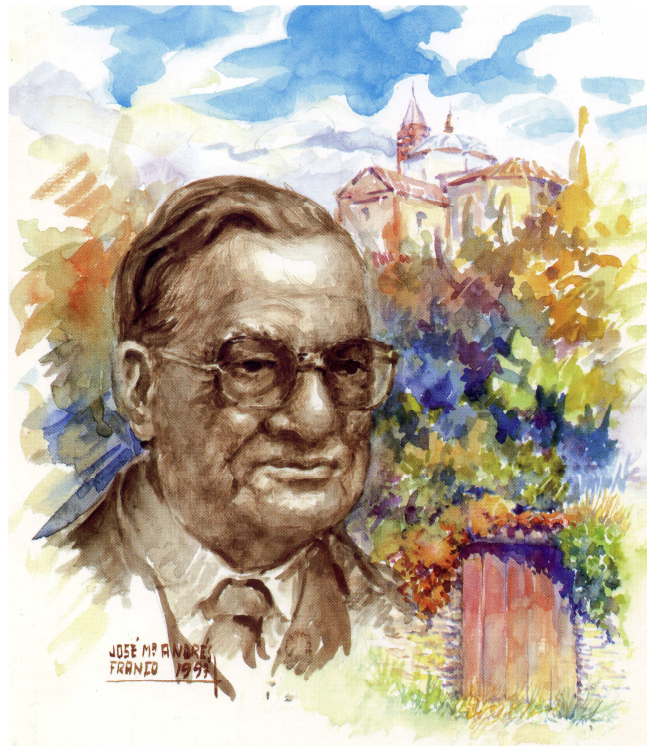
El día que yo entré en quinta,  
que día más desgraciado;  
me metieron en la talla,  
me declararon soldado.

Pa que los crean más hombres,  
riendo van y cantando;  
alegres están por fuera,  
y por dentro van llorando.

En el Barranco del Lobo  
hay muchas gotas de sangre  
con un letrero que dice:  
recuerdo de muchas madres.

No me des pañuelos blancos  
bordados para llorar,  
que sabes que soy soldado  
sin poderlo remediar.

Trasladados a otro momento violento y bélico de la Historia de España, la trágica Guerra Civil que sembró de muerte, hambre y represión fascista nuestros hogares, se encuentran nuevas muestras de rechazo a la violencia. El también cachonero Jesús Arcensio, uno de los más reconocidos poetas onubenses, dejó el soneto ‘Al amigo que murió en la guerra’, en el que se descubre, según Manuel Moya en la edición de la Asociación Huebra ‘Sueño y costumbre, antología poética’, el dolor por el amigo muerto y su ensalzamiento como presunto héroe:



Retrato de Jesús Arcensio, obra de José Mª Franco.

Tu sangre no transita del morado  
lirio la desmayada savia fría  
ni late en el ciprés la lozanía  
de tu gallarda mano de soldado.

Viven tu voz, tu gesto a nuestro lado;  
renuevas tu presencia cada día  
entre nosotros: tienes todavía  
tu puesto en nuestra mesa reservado.  
Pero tú no vendrás. Bajo la tierra  
que vio la hazaña y guarda tus despojos  
tu ausencia afirma eterna sus pilares.  
Y tu recuerdo sin desmayo cierra  
el paso al llanto, abriendo nuestros ojos  
a la luz de tus hechos ejemplares.

Si Arcensio militó ideológicamente en el bando vencedor, es otro cachonero, Luís F. Pérez Infante, el que desde la orilla republicana legaba un desgarrador poema que dedicaba a Gerda Taro, muerta en el Frente de Brunete, cuyo fragmento extraemos de 'La muerte de Durruti y otros poemas recuperados', edición de Manuel Moya editado por la Asociación Huebra en 2003:

...La guerra sigue igual, como la viste.  
Y en medio de esta muerte, esta ruina  
más aguado que silban los obuses,  
más fuerte que la bomba en su estallido  
te decimos con fe nuestra esperanza:  
que puede más la flor con su hermosura.



Luís Pérez-Infante en Uruguay.

Más cercano en el tiempo, otro desolador aliento nos recorría con la insostenible e injustificable violencia terrorista. En una tesitura de desesperanza y sinrazón, fue también un andaluz ligado a nuestra tierra onubense el que realizaba un gesto que dignificaba a los andaluces y daba sentido a la causa de la Paz. Paco Casero, líder jornalero, pacifista y ecologista, Premio Juan XXIII de la Paz, persona muy vinculada a la comarca serrana

onubense, se marchaba una mañana de 1992 hacia Euskadi para abonar con fértil tierra de nuestros campos el árbol de Guernica, enfermo de tanto sufrir.

Allí tuvo que enfrentarse al insulto y la amenaza de los extremistas, pero su gesto y el de una treintena de andaluces que comenzaron una huelga de hambre por el fin de la violencia, vencieron cualquier resistencia. Sus palabras de entonces suenan hoy premonitorias: “sólo cuando callen las armas pueden hablar las personas y solo hablando y dialogando es posible el derecho y la democracia. Pedimos que ETA deje de matar”.



El pacifista andaluz Paco Casero.

Pero no sólo de guerras vive la violencia. La Premio Nobel, Rigoberta Menchú, ha dicho “que la Paz no es solamente la ausencia de la guerra; mientras haya pobreza, racismo, discriminación y exclusión, difícilmente podremos alcanzar un mundo de paz”. Diariamente, episodios protagonizados por los seres que pueblan este planeta nos recuerdan lo irracional de nuestros comportamientos. La violencia de género, la desigualdad, el hambre, la colonización, la extorsión, el éxodo de los refugiados, la mentira o el individualismo contribuyen a sembrar la inquietud en nuestros espíritus.

La palabra es, a este respecto, un instrumento fundamental para cambiar las cosas. Ya dijo el escritor franco-libanés Amin Maalouf, Premio Príncipe de Asturias de las Letras en 2010, que la literatura "puede ser una herramienta de paz porque puede imaginar un mundo diferente. Tenemos que reinventar el mundo. La literatura tiene la obligación de hacerlo, en todas las lenguas".

La Paz de la gente de La Sierra llega también a lejanas latitudes del mundo. Jan Nimmo, la escocesa que ya puede considerarse como una cachonera más, ha puesto su arte y su compromiso al servicio del fin de la violencia en México. Su iniciativa de realizar retratos a los 43 estudiantes desaparecidos en Ayotzinapa, en el estado de Guerrero, se ha convertido en un grito de paz y de libertad. Sus creaciones encabezan manifestaciones que piden verdad y reparación de la tragedia perpetrada; recientemente, ha recibido una puesta de largo y respaldo institucional, tras haber expuesto sus retratos en el Parlamento de Escocia. La

muestra se ha podido admirar posteriormente en Galaroza, tras la iniciativa de la artista, la Asociación Cultural Lieva y el Ayuntamiento cachonero.



Jan Nimmo, junto a su obra expuesta en el Parlamento escocés.

Desde La Sierra, pues, descubrimos iniciativas literarias y gestos que han alumbrado el camino de la Paz, que no cesan de pedir el fin de la violencia social y física que se sufre a diario en el planeta.

Estas palabras se suman a las de otros muchos y cualificados portavoces que conforman un ejército incruento que utiliza las letras como la más purificadora arma que arrojar al campo de batalla de la sensibilización y de la vida diaria.

En los últimos meses, un colectivo se ha erigido en altavoz de este necesario empeño. Los Poetas de Huelva por la Paz que comanda líricamente el poeta Ramón Llanes han demostrado que el mensaje puede llevarse a todos los rincones, a todas las conciencias. En su recital de Galaroza, celebrado el 19 de febrero de 2016, fue acompañado por el Ayuntamiento cachonero y por la Asociación Cultural Lieva, conformando entre todos un acto de gran relevancia que estuvo trufado de iniciativas complementarias en otras áreas culturales. En el apartado musical, la pequeña María Castillo interpretó el Himno a la Alegría con su guitarra; con sus acordes, los sentimientos comenzaron a aflorar en los presentes, así como el convencimiento de que los niños tienen la llave para que la paz sea posible en el futuro. También se aplaudió la colaboración del Sep Los Jarritos, cuyas alumnas elaboraron un mural con poemas propios sobre recortadas figuras de la paloma de la paz de Picasso.



Acto de 'Poetas de Huelva por la Paz' en Galaroza.

Los poetas han pedido desde aquí, desde este Valle Encantado de Galaroza, que se cambien las actitudes. Con ello, se conseguirá también que haya paz en el mundo y paz en nuestros corazones. De esta forma, entre todos, se podrá incluso cambiar el sentido de la frase del Bando de Guerra del 1 de abril de 1939 que supuso el fin 'oficial' de la Guerra Civil española; para que las personas sólo vuelvan a estar cautivas y desarmadas cuando estén delante del ser querido o cuando presencien la sonrisa de un niño.